

Jacqueline Harpman
Orlanda

Traducido del francés por Alicia Martorell



Alianza Voces

Índice

Primera época	13
Segunda época	175
Epílogo	243
Epitafio	245
Moraleja	246

NOVELA: Historia inventada, escrita en prosa, en la que el autor intenta despertar el interés mediante la descripción de pasiones o costumbres o por la singularidad de las aventuras.

Diccionario *Le Petit Littré*, 1990.

Primera época

Primer día: viernes

La escena inaugural tiene lugar en París, frente a la estación del Norte, en un café que lleva el ambicioso nombre de Brasserie de l'Europe. Una profusión de cromados, plásticos y escay apta para provocar neurastenia en cualquier persona que cometa la imprudencia de mirar. Es algo más de la una. Algunos clientes comen huevos rellenos, otros comen bocadillos. Aline Berger, treinta y cinco años, lee sentada ante un vaso de agua mineral, del que bebe regularmente algunos sorbos. Los andenes solo se anuncian veinte minutos antes de la salida de cada tren y a Aline no le gusta esperar en el gran vestíbulo desproporcionado y ruidoso, donde nunca está segura de encontrar asiento.

Me da la sensación de que no está muy concentrada en la lectura. De vez en cuando pasea la mirada a su alrededor y vuelve a consultar el reloj. El tiempo está inmóvil. No hubiera debido salir tan temprano, pero es de naturaleza inquieta y siempre teme llegar tarde. Además, una vez terminado el trabajo ¿qué podía hacer en la ciudad? Ha pasado una hora en el museo de l'Orangerie, media hora en la librería Smith, ya solo le quedaba dirigirse al

metro. Suspira. Se aferra al texto, que no termina de captar su atención. Es al menos la décima vez que lee el pasaje crucial de *Orlando* en el que tiene lugar la transformación, intentando alcanzar el sentido subyacente, pero se queda con la sensación de no pasar de la superficie y hasta se atreve a pensar que quizá no hay nada debajo. Pone más esmero: *First, comes our Lady of Purity; whose brows are bound with fillets of the whitest lamb's wool; whose hair is an avalanche of the driven snow...* etc. Bosteza. Detrás de las palabras con las que forcejea, llega sinuosa otra corriente de pensamiento que desenrosca los meandros ocultos de ríos llamados intermitentes, pues a veces fluyen a cielo abierto para desaparecer después bajo tierra, donde parecería que se detienen para resurgir unos kilómetros más allá. Como disfruto del privilegio de la novelista, algo que nunca he ocultado y para lo que me considero dotada, esto es lo que escucho, para mi gran sorpresa.

—¿Y si cambiamos de sexo? ¿Y si dejara para ti, alma tímida, este cuerpo de mujer y me fuera a alojar en el de un muchacho? ¡Mira! Ese que está frente a mí, un tanto hirsuto, de mirada furtiva pero la boca ancha y firme de las resoluciones porfiadas... Sentada (o sentado) en su cabeza, ¿cómo te vería? Oh, creo que pronto me apartaría de ti, pues sin mi vigor, mi rabia y mi fuerza, que a veces te dan tanto miedo porque las llamas violencia, serías una cosa mortecina, vencida, irías de derrota en derrota a través de una vida estrecha. Te he incomodado toda la vida y me escondes como puedes, con barra de labios, pelo largo y faldas de seda, que revolotean al menor movimiento, te encuentran encantadora y femenina, pero yo vivo en tu miedo y me falta espacio. Si fuera un hombre, no buscaría a las mujeres, las conozco demasiado, me erguiría feliz ante otros hombres y haría lo que, siendo mujer, nunca me atreví a hacer: ¡los desafiaría! Quizá solo amé a los hombres como homosexual, pero, evidentemente, homosexual

vergonzante que no se atreve a reconocer su inclinación, y quizá estoy disfrazado (¿disfrazada?) y me he puesto este cuerpo extraño en el que nunca estoy en casa. A veces me deseaban y, como yo no me deseaba, no entendía nada. ¡Ah, ser un chico! Basta con que suelte las riendas de mi pensamiento, que siempre sujetas con tanta fuerza, y ya me puedo imaginar este otro cuerpo, más firme, con un torso plano y poderoso, en el que los pectorales se desarrollan libremente, mis caderas se estrechan y presiento, en mi bajo vientre, la turgencia que se asimila a los mástiles de la victoria, que se agitan lentamente en la noche, tras la batalla, sobre los campos sembrados de muertos. Tienes miedo, te tensas, me aburres. Caminaría con paso tranquilo mirando a los hombres de frente, lo que te espantaría, ellos se asustarían un poco, pero algunos volverían la cabeza para seguirme con la vista y quizá elegiría a uno de ellos y lo seduciría para arrastrarlo hacia abismos que nunca imaginó. Los conozco bien y sé lo que les gusta. Como amante, siento que sería más hábil de hombre que de mujer, pues nada me daría miedo, son las niñas las que deben aprender el pudor y la contención; como chico no he aprendido nada, pues nadie sospechaba de mi existencia. Caminaría ingenuamente hacia territorios desconocidos. ¡Dios, qué viaje! América, Cristóbal Colón, Amazonia y el círculo polar me parecen una hazaña ridícula. Y hasta la luna y el planeta Marte. El desconocido está allí enfrente, cien veces me he echado en sus brazos y no he entrado. El otro sexo está más lejos que Vega de Centauro. Mi frente choca contra las cabezas cerradas, no puedo pasar, digo: «¿En qué piensas?». Sonríen y me quedo fuera, perdida, solitaria, encerrada en este cuerpo de mujer que siempre ha agachado la cabeza ante los temores mediocres que no te atreves a abandonar. No se lo reprocho, no es su culpa, ni la mía, estamos igualmente sometidos a esta identidad irreductible que nos separa tanto como lo

están las galaxias, que nos hace precipitarnos el uno hacia el otro, intentando engañar la curiosidad con el placer. Jamás una mujer fue hombre; jamás un hombre fue mujer. Cada sexo posee unos conocimientos que no puede compartir y las estúpidas operaciones que sé que se practican solo son un engaño, un disfraz, no afectan a la mente, solo visten el cuerpo y matan el deseo. Ahora bien, ¡encarnarse en un cuerpo intacto! Cambiar de mundo solo dando tres pasos... ¿Yo es otro? Si *yo* es mil otros, y dado que este *yo* me ha hartado. ¿Por qué no abandonarlo?

El muchacho rubio acaba de pedir otro café. Parece cansado. ¿Por qué bebe tanto café cuando en realidad solo necesita dormir? A sus pies hay una bolsa de viaje. ¿Quizá esté también esperando un tren? En realidad, me resulta tentador. Tiene manos largas de uñas poco cuidadas, pero su cara es nítida, bien construida, creada para expresar la firmeza. Tal y como lo veo, sentado sobre una silla incómoda, tiene cierta gracia, se le puede sacar partido. Lleva una cazadora de polipiel negra, de las que estaban de moda hace algunos años, con cremalleras por todas partes y unos vaqueros descoloridos, pero no rotos. ¿Quizá no se gane la vida demasiado bien? Aunque no estuviera atrapada en el personaje de mujer razonable por el que has optado desde hace tanto tiempo que te parece natural, no le prestaría demasiada atención, pues es vulgar hasta el aburrimiento, su único interés es que es un muchacho joven, robusto y sin fealdad. ¿Y si me acercara? Lo habitaría, le daría belleza, porque para mí ser un hombre joven ya es un estado maravilloso que no podría alterar ninguna preocupación. Bajo mi control se abriría, pondría luz en esos ojos de mirada triste, haría más firme su actitud. No es una chica, lo puede todo, ¿de dónde viene ese aire apagado? ¿Así desperdicia los tesoros que posee? ¡Ah, si pudiera entrar en él! Quizá baste con desear hacerlo, no lo sabemos porque nadie ha intentado nunca

cosa tan loca. Siempre dejas que el sentido común te detenga, incluso cuando juegas con tus pensamientos, por eso eres tan aburrida. Está decidido, cambio.

¿Cambio?

No es factible, es increíble y lo hago. Te abandono sin volver la vista atrás y atravieso lo imposible. No siento nada, solo sé que paso, floto en lo indefinible, entre el antes y el después, en un punto que, forzosamente, no tiene tiempo ni espacio, es el cero absoluto del tiempo y se estira infinitamente, existo durante una eternidad en un ninguna parte que no puedo recordar, ni siquiera cuando estoy allí, pues decir *mientras* ya no tiene sentido, no tengo más realidad que este *yo* indisoluble, que no entiendo qué es, pero cuya evidencia prodigiosa me ilumina, es, en el seno de lo innumerable, el núcleo de certidumbre, la garantía, el ancla inmaterial que permite esta navegación imposible en la que me muevo con seguridad, cuando no hay ni arriba ni abajo, ni delante ni detrás, pero no obstante sé dónde voy y apenas acabo de salir, ya estoy llegando, he atravesado la eternidad, ningún tiempo ha transcurrido, no se ha recorrido nada, me encarno, me realizo, el universo se reconfigura a mi alrededor, tengo una mirada, oigo, siento, ¡soy!

¡Lo hice!

Aline está allá y yo estoy aquí, la separación ha tenido lugar, miro con estupor a mi *yo* que *lee*, el verbo ya está en tercera persona del singular, concentrada ante la botella de agua con gas casi vacía, un drenaje renal regular es la condición de una buena salud, mi padre siempre lo dijo, mi *yo* está enfrente, un poco de perfil, y yo estoy en el joven rubio, he penetrado, tranquila, en su cabeza. No se ha dado cuenta de nada. ¿Tan fácil es dejarse desalojar? No debía de estar muy apegado a sí mismo, pues ha desaparecido sin dejar rastro. La casa es mía. Tiemblo de emoción, me contengo, tengo ganas de levantarme, de bailar dando gritos de alegría,

debo tranquilizarme, acabo de llevar a cabo lo imposible y, si lo proclamara, me pondrían una camisa de fuerza, con tres enfermeros sujetándome. Examinemos nuestro nuevo reino. ¿Uñas poco cuidadas? ¡Peor todavía! ¡Se las muerde! ¡Hay que ser muy tonto para estropear unas manos tan bellas! Me toco el hombro: firme, musculoso, y el tórax. Qué agradable es no sentir la curva eterna de los pechos... Tengo el vientre absolutamente plano y los muslos tan duros como es posible. Este cuerpo me gusta mucho, tanto que estoy excitadísima. Es verdad que siempre me han gustado los hombres más de lo que me atrevía a confesar, me estremezo de tener a este a mi disposición, pero tengo que reprimirme, porque estoy sentado en un lugar público y no voy a empezar mi nueva vida haciendo tonterías. Así que vuelvo a poner las manos sobre la mesa y concentro mi atención en las sensaciones internas: me doy cuenta enseguida de que tengo una ligera jaqueca. ¡Por eso parecía tan incómodo! No me gusta, no he cambiado de cuerpo para sentirme peor de lo que me sentía. ¿Qué ha hecho? Quizá bebió de más anoche, yo solo siento estas molestias si he bebido vino de mala calidad. Probablemente le sienta mal beber. ¿Quizá no tengo carácter? ¿Seré débil? No, no hay que temer, sea quien sea este joven, yo no soy él, solo lo ocupo, dispongo de él, pero soy yo, y nunca he sido mujer de beber o de comer demasiado. Necesito una aspirina. ¡Ah! Algo de él me debe de haber quedado, porque acabo de comprender que a mi anfitrión no le gustan las medicinas. ¡Nunca toma porque piensa que *contaminan!* ¡Contaminan! Es ridículo, le da miedo el ácido acetilsalicílico y se emborracha. Llevaba algunas en el bolso, siempre llevo, voy a preguntarme.

Me levanto. Ocurre algo muy extraño, tanto que estoy a punto de detener mi movimiento: soy bastante más alto que Aline, mis piernas son más largas, casi tiro la mesa. ¡Acabo de desplegar

diez centímetros a los que no estaba acostumbrado! La perspectiva es muy diferente, o yo he subido o los objetos han bajado. Es muy desconcertante y tengo un segundo de vértigo. Solo un segundo, porque no tengo la intención de dejar que nada frene el placer de la transformación.

Voy hacia mí, que estoy ensimismada en un libro.

—¿Señora?

Ella levanta la cabeza. Parece un tanto perdida. Quizá la hayan perturbado mis pensamientos de hace un rato, la conozco y ha debido de hacer un gran esfuerzo de concentración para apartarlos. Eso me da risa, pues no sabe hasta qué punto lo ha logrado.

—¿Sí?

—¿Tendría una aspirina? Me duele la cabeza.

No parece tan sorprendida como debería, sino deseosa de ayudar. Esa soy yo. Dicen de mí que soy una persona servicial y atenta, pero solo son las apariencias, la verdad es que Aline haría cualquier cosa (cualquier cosa decente) para sentirse amada. Es un reflejo contra el que lucha como puede, a menudo sin éxito.

Abre el bolso y no debe buscar mucho, pues sabe exactamente dónde están las cosas, le horroriza el famoso desorden de los bolsos de las mujeres. Ahora que la he dejado, ¿seguirá siendo igual de metódica? Saca el blíster.

—Tiene que tomar dos, la dosis es baja.

Me las tomo. Le doy las gracias con una sonrisa deslumbrante. Ella está encantada, me devuelve mi sonrisa y se centra de nuevo en el libro.

Me siento, con prudencia, pues no debo hacerlo de la misma forma que antes. Levanto la taza y me vuelve a pillar desprevenido: creo que está a la altura de mis labios, los avanzo para posarlos sobre el borde, pero me quedo a tres centímetros. Me da la risa. Me trago las pastillas con lo que queda de café, que no lleva azú-

car, algo que detesto. De hecho, observo que el dolor de cabeza se me va pasando: es que yo tolero muy bien el alcohol, aunque bebo poco porque no me gusta el sabor. ¡Decididamente, el joven y yo no tenemos muchas cosas en común! ¿Cómo se llama, ahora que lo pienso? O más bien, ¿cómo me llamo? Quizá lleve una cartera. Si soy diestro, estará en el bolsillo izquierdo de la cazadora. Me llamo Lucien Lefrène y vivo en el número 19 de la calle Malibran de Bruselas. ¡Admirable! Elijo al azar y tropiezo con un conciudadano. Es normal, estamos en un café frente a la estación del Norte, a media hora del próximo tren que tenía que tomar con ella, pero que yo tomaré también. Esto me gusta mucho, así no perderé el contacto con mis costumbres. ¿Llevo el billete? No está en la cartera, vamos a ver los otros bolsillos. ¡Puaj! Viajo en segunda.

Aline lee. *Orlando*, de Virginia Woolf, me acuerdo perfectamente, por la clase que tiene que dar dentro de poco. Ella hubiera preferido el Barbey d'Aurevilly que lleva en el bolso, un autor que le encanta y que relata cosas abominables —es tan sensata que seguro que es un fenómeno de compensación—, pero su conciencia profesional no se lo permite. No parece que me eche de menos. Quizá no se ha dado cuenta de nada. ¿La mitad de ella misma la abandona y ella no se da cuenta? ¡Vaya mujer que he sido! He hecho bien en separarme de ella. La verdad es que me detestaba, lo sé, la metía constantemente en problemas deseando cosas que la sonrojaban. Estará muy aliviada al librarse de mí y considerará un progreso haber perdido lo más vivo que tenía. *Orlando* la pone nerviosa, pero evidentemente es ahí donde encontré la idea admirable de cambiar. ¡No volveré a decir nada malo de Virginia Woolf! ¡Vaya! ¡Está recogiendo sus cosas! Tiene razón, es la una y veinte en el espantoso reloj barato de Lucien Lefrène, apenas tiempo para cruzar la calle y la vía estará indicada en el tablón. En

mi bolsillo derecho hay un pequeño monedero lleno de calderilla. ¡Decididamente, este muchacho es muy meticuloso! Dejo veinte francos sobre la mesa y la sigo. Miro cómo avanza: tiene un paso ligero y va muy bien arreglada. Las botas de cuero claro, la falda de seda y la chaqueta Laura Ashley forman un camafeo de beis en el que los materiales contrastan de forma sutil. Debería resultar atractiva, pero soy consciente de que no llama nada la atención. Camina en línea recta, no mira a nadie, así que no ve ni a los que conoce, hay quien la considera altanera, no ha reparado en ese hombre elegante que sale a su encuentro, cuarenta y cinco años, muy cuidado, abrigo de cachemir, quizá demasiado cálido para este tiempo, y maletín de piel de cerdo, que la envuelve en una mirada apreciativa rápida, busca un instante su mirada y pasa de largo, olvidándola inmediatamente. ¡Qué desperdicio! Yo me detengo, interesado por su porte, le sonrío. Me ve, no frunce el ceño, pero pasa una nube por su hermosa frente bronceada y aparta la mirada. No me muevo, dejo que nos crucemos admirándolo sin disimulo, me divierto. ¿Se dará la vuelta? Estoy seguro, conozco a los hombres, les encanta la provocación. Espero. Avanza diez metros, ha llegado a la acera, ya no puede más y lanza una mirada hacia atrás y me ve recibir esta pequeña confesión involuntaria con una sonrisa. Aparta rápidamente la mirada y sigue avanzando. Me estoy regodeando. Tiene los andares flexibles de un hombre bien calzado, lo que hace que me ocupe de los zapatos de Lucien Lefrène: están tristes y gastados como una vida que ya no tiene interés; este muchacho no era feliz, pero es joven y, por muy agraciado que sea ese hombre, tendrá mucha menos gracia alojarse en él: con cuarenta años, solo está a diez del reuma. Me apresuro para que no se me escape la otra parte de mí: está casi en la estación y no la quiero perder de vista. ¡Qué experiencia tan interesante acabo de tener! ¿Por qué, cuan-

do era Aline, nunca pude hacer una cosa así? Sostener una mirada, retenerla, despertar el deseo... ¡Me estremezco de placer! Ella se preocupa por ser guapa, pero no parece que sepa para qué sirve la belleza. En realidad, no miré demasiado bien a Lucien Lefrène antes de mudarme a su cuerpo. ¿Dónde podría encontrar un espejo? Los aseos del tren estarán cerrados hasta que se ponga en marcha, algo habrá en el vestíbulo de la estación.

¡Aline tiene más éxito de lo que pensaba! Dos muchachos que se cruzan con ella se dan la vuelta para mirarla, sin interrumpir su conversación, es algo puramente desinteresado. Ella ni los ha visto. Otro hombre que viene a buscar a su mujer y le toma la maleta de las manos la ha visto, olvida un segundo a la que tiene todo el derecho a su atención y besa a su esposa de través. Mi ex yo cruza por todo esto sin desviarse, mira el panel informativo, 13:41, vía 16. Estupendo, allá vamos. La veo subir al vagón de primera que le gusta, pero no la sigo. Ya sé dónde puedo encontrarla.

Observemos a nuestro extraño personaje, que examina los numerosos letreros que adornan los muros de la estación: aduana, metro, objetos perdidos, información... Y encuentra lo que busca. ¿Cómo lo puedo llamar? No es Lucien Lefrène —descubrirá algunos aspectos incómodos de este joven que le gusta tanto— ya no es Aline, que se instala en su compartimento sin saber que la acaban de abandonar. Es razonable atribuir su inspiración a Virginia Woolf: mientras Aline se obstinaba con un texto inglés que parecía más allá de sus conocimientos, oscuras divisiones se formaban en su mente, se abrían grietas, *Our Lady of Purity* la ponía nerviosa, se fraccionaba, son movimientos que pueden conducir a la locura, la astucia del muchacho la salvó. Como no tengo un alma mezquina, no tengo nada que objetar, aunque me

pregunto cómo se las arreglará Aline, que ahora es más pobre. Y ahora tengo que encontrar un nombre para el otro. Una inspiración mediocre se conformaría con lo más sencillo, y Aline daría Alain. ¡Qué simpleza! ¿Dónde queda la ambigüedad? Alain es Alain, es masculino sin equívocos, que no es el caso del personaje que los ojos de mi mente siguen hacia el aseo. A menudo admiré la sagacidad de Woolf que, tras el cambio de sexo, sigue llamando a su personaje Orlando, solo que con pronombres femeninos, alimentando así la confusión en el alma del lector. La voy a copiar: llamaré Orlanda a la mitad evadida de Aline y espero que el alma de Virginia no me lo reproche y no vuelva para llenar mis noches de pesadillas, razón por la cual querría apuntar, por si me estuviera escuchando, que esto es un tímido homenaje de una admiradora, no el vulgar plagio de una persona sin imaginación.

Orlanda ha adquirido una ficha para el torniquete y está entrando en el aseo. Se encuentra ante el espejo que buscaba y suspira de alivio contemplando a Lucien Lefrène:

—Me parece que ya ha cambiado —se dice—. La mirada ha perdido la desgana que me dejó impresionada —pongo el adjetivo en femenino, pues todavía era Aline—, se le ve bien erguido, los ojos muy abiertos. El dolor de cabeza ha desaparecido. Ah, siempre supe que el alma conformaba el rostro, ahora soy más bello de lo que era, pues me siento libre como no lo he sido nunca. Quizá él también contenía una mujer encerrada en su cuerpo de hombre que no le dejaba vivir, como Aline hacía conmigo; lo he empaquetado todo, no sé dónde lo guardo, pero que allí se quede. La cabeza está más erguida, la tez más luminosa. ¡Soy un chico muy guapo! Salvo el pelo. No me había dado cuenta, pero el pelo está untado con uno de esos horribles productos que te erizan la cabeza como si fueras un personaje es-

pantado en una película de terror. Ya comprendo que el encantador cuarentón no pareciera muy entusiasmado. Tengo que lavarme el pelo, no puedo dejarlo así.

Los aseos de la estación ponían a disposición de los viajeros agua fría y una especie de botella llena de jabón líquido que sale por la parte inferior. La coquetería puede ser heroica. Se inclinó, puso la cabeza bajo el grifo y, apretando los dientes para no tirar, se embadurnó con energía la cabeza de jabón. Luego abrió la bolsa de viaje y, felizmente, dentro había una toalla. Se secó como pudo, se peinó y se encontró hermoso.

Escucho un gemido. ¡Qué tremendo Narciso es ese Orlanda! No deja de relamerse. Debo protestar: lo que admira así es la envoltura corporal de otro, como una muchacha que se maravilla con un vestido nuevo, pues era una joven hace un cuarto de hora, y una joven muy sensible a los muchachos. Ruego a toda persona capaz de conmoverse ante la belleza del otro sexo que sueñe un instante con habitar ese cuerpo turbador y comprenderá a Orlanda. Quizá se sobresalte.

Tras una última y tierna sonrisa dirigida al espejo, Orlanda cerró la bolsa de viaje y recordó que estaba en los servicios, que no son lugares destinados al autodescubrimiento. De la misma forma, descubrió que estaba en situación de utilizarlos de la forma más habitual. Como he mencionado a Virginia Woolf, temo que el pudor que todavía era de rigor en la primera mitad de este siglo paralice mi pluma, *Our Lady of Modesty* me mira severamente, pero estamos en los años noventa, el milenio se acaba y yo voy peinando canas, el pudor de las muchachas ya no me afecta y no voy a disfrazar de buenos modos la hipocresía que obligaría a apartar la mirada, como me enseñaron cuando era pequeña y, en la playa, miraba estupefacta y encantada cómo un niño sacaba del bañador una parte de su anatomía tan diferente de los atributos

de la mía, la sujetaba con la punta de los dedos y se entregaba a una actividad que, para mí, solo se podía llevar a cabo sentada o agachada.

—¿Quieres mirar para otro lado? —me dijo mi madre, acompañando sus palabras con una bofetada que me hizo volver la cara—. ¡Me ha salido una hija viciosa!

Y esa noche se quejó a mi padre de mi curiosidad malsana. Mi padre asintió con tristeza.

Decía, pues, que Orlanda se dio cuenta de que tenía que mear y se sintió entusiasmado con la experiencia nueva que se le presentaba. Abandonó a regañadientes su reflejo en el gran espejo, entró en uno de los cubículos y, con un gesto automático para Aline cuando viste pantalón, se llevó la mano a la cintura para desabrocharlo y luego, recordando su nuevo estado, le entró la risa. Bajó la cremallera de la bragueta y, en el momento de poner la mano sobre lo más significativo de su transformación, se sintió emocionado hasta el punto de tambalearse. Cuando era niña, estaba celoso de los niños, como todas las niñas, pero nunca había soñado con poseer sus atributos. Le ganó una timidez extraña, él que venía, en el café, de tentarse los hombros y los muslos con gran placer, sintió que sus dedos dudaban en introducirse entre la ropa, como si Aline hubiera estado tocando el calzoncillo de un hombre al que no conocía.

—No voy a consentir que esta mujer me complique la vida —se dijo nervioso.

Y tomó firmemente el curioso extremo de carne que reina sobre el destino de cada ser humano, lo sacó de su escondite y, abriendo un poco las piernas, como había visto hacer, se puso en situación de satisfacer las necesidades de la naturaleza.

¡Oh, Virginia! Aparta los ojos de estas líneas, pues entonces pasó algo que tu inteligencia quizá había adivinado, pero de la

que tu delicadeza te mantuvo alejada. Orlanda miraba, dejando descansar blandamente en su mano de hombre, que era hermosa a pesar de las uñas comidas, la cosa rosa y tierna con la que estaba dotado y treinta años de deseo amoroso corrieron por sus venas. Admiró su contorno, su longitud elegante, los repliegues refinados de los que, al no ser judío, Lucien Lefrène no se había visto privado; se quedó encandilado, levantó la mano izquierda y acarició suavemente lo que sostenía en su mano derecha. Entonces lo recorrió un poderoso escalofrío, sintió el galope de la sangre en sus venas y vio, ¡oh maravilla!, cómo su nueva identidad se desplegaba ante sus ojos y alcanzaba, en unos segundos —tenía poco más de veinte años— su pleno desarrollo. Tembló. Aline había asistido a este misterio centenares de veces, pero nunca lo había vivido desde el interior. Orlanda ya no fue más que deseo. ¿Quién deseaba? ¿Aline o él? No lo pensó, soy yo, exiliada del prodigio que describo, quien me lo pregunto, porque él, bien plantado sobre sus piernas fuertes, hizo lo que se le imponía, comenzó el placer, él miraba arrobado el trabajo de su mano, sintiendo cómo las oleadas subían cada vez más alto, llevándole a la cresta de la ola, primero creyó reconocer el placer que tan familiar le era a Aline y luego todo fue diferente, le sorprendieron extrañas contracciones, jadeó de estupor, el corazón le latía en la mano, la emoción casi le cerró los ojos, pero la curiosidad fue más fuerte, los mantuvo abiertos y vio, deslumbrado, cómo su placer brotaba a modo de espasmos, derramado al mismo tiempo que él se derramaba por dentro.

—¡Señor! —dijo cuando todo acabó.

Se apoyó en la pared para recuperar el aliento y miró con gratitud el misterio que se desinflaba lentamente.

Luego utilizó el lugar en el que se encontraba de una forma más convencional, pero igualmente interesante.

¿Y Aline?

¿Qué había sentido con su increíble separación?

Se encontraba atrapada entre Nuestra Señora de la Pureza, de la Castidad y de la Modestia, con la frente adornada con cubitos de hielo o con vellón de cordero, cuando tuvo una extraña sensación —¿fue un mareo o un aleteo?—, se quedó un segundo sin respiración, como desgarrada por una pena sin nombre, con los dedos agarrotados sobre el vaso de agua con gas que se llevaba a los labios, luego todo cesó, tuvo la sensación de atravesar un muro de silencio y se encontró bebiendo un sorbo de agua.

—¡Pero si no tengo sed! —pensó.

Aline echó un vistazo a su alrededor. Frente a ella, el joven rubio la miraba con media sonrisa. Apartó la vista por reflejo, sin saberlo. Nada parecía fuera de lo normal, la gente conversaba apaciblemente, bebía una cerveza o un vaso de vino blanco. No había habido un terremoto. Una noche, unos años antes, se había despertado con una sensación de pánico, la habitación vibraba, el perro tumbado a sus pies gemía, luego todo se detuvo. En las noticias de la mañana mencionaban un terremoto de amplitud media. No ha pasado nada, se dijo, pero tenía la espalda cubierta de sudor frío. Pensó en su abuela que, al menor estremecimiento, decía con una voz que intentaba hacer parecer sepulcral:

—Alguien camina sobre mi tumba.

—No estás muerta, abuela, no tienes tumba.

—La tendré, es lo único de lo que un cristiano, pobres de nosotros, puede estar seguro.

Aline quiso recuperar la calma y el curso de sus pensamientos. Estaba distraída, leía maquinalmente, pensaba en otra cosa, tengo que concentrarme. Intentando fijar su atención, sintió algo indefinible, sería muy fácil hablar de vacío, de ausencia, pensó en una pérdida del equilibrio, una bolsa de aire, el avión cae

cien metros, durante una décima de segundo, mientras el alma alcanza al cuerpo, tenemos miedo. ¡En nombre del cielo! ¿De qué tengo miedo? Se forzó a seguir leyendo. ¡Dioses! ¡Este Orlando es un aburrimiento! Tenía que terminar de leerlo si quería hablar de ello con inteligencia, aunque fuera mal. Podemos alabar con descuido un libro que el uso ha elevado al rango de obra maestra, pero solo podemos atacarlo con precisión si lo conocemos a fondo. Cuando sus estudiantes le pidieron que hablara de Virginia Woolf, Aline, asombrada por una curiosidad tan poco actual, aceptó sin dudarle. Estaba a unos días de la próxima clase de literatura inglesa, apenas sí tenía tiempo para recuperar el contacto con una obra que recordaba solo vagamente, pero que consideraba, como le habían enseñado a hacer, sin duda alguna llena de interés. Y resulta que se había pasado bostezando *La señora Dalloway*, que se había desmoronado con *Las olas* y que no podía prestar atención más de dos minutos seguidos a *Orlando*. ¿Cómo entender la transformación en mujer? Leía una y otra vez el pasaje: Orlando dormía ocho días, todo el mundo se preocupaba, las dignas Señoras pronunciaban palabras admirables —lo que me agota es que no haya ni una línea que no sea de una belleza deslumbrante y que el conjunto mate de aburrimiento, pensaba vagamente—. Luego Orlando se despertaba mujer, milagrosamente provisto de los atributos ordinarios de ese sexo, y no parecía demasiado sorprendido. Aline dudaba: ¿Quizá sea que mi inglés es insuficiente y me pierdo parte del contenido? Voy a la traducción: *I am the guardian of the sleeping fawn*, soy la guardiana del cervatillo dormido. ¿Cómo entender una cosa así? Hasta ahora, Orlando no tiene nada de un cervatillo inocente, y además enseñada llegan las trompetas para poner en fuga las virtudes, parecen proteger al durmiente. ¿En qué demonios el hecho de que se levante transexuado proclama la victoria de la Verdad?

Se sentía profundamente incómoda, pues estaba claro que no lograba pensar de la forma *adecuada*. Por supuesto, no es así como se lo explicaba, y seguía suponiendo que se le escapaba algo —¿o bien estoy todavía bajo los efectos de esa curiosa impresión de que temblaba la tierra?— cuando se dio cuenta de que el joven rubio estaba delante de ella y esperaba con una sonrisa que tomara conciencia de su presencia.

—¿Tendría una aspirina? Me duele la cabeza.

Ni siquiera le pareció raro que un desconocido le pidiera una aspirina. Todo lo contrario, ese pequeño momento de cercanía le produjo una vaga sensación de bienestar que, si se hubiera molestado en profundizar un poco, habría considerado una agradable distracción respecto a su sensación de incompetencia.

—Tiene que tomar dos, la dosis es baja.

Miró cómo se sentaba de nuevo y se tomaba las aspirinas haciendo una mueca. Es porque su café no lleva azúcar, se dijo. Y no se dio cuenta de la firmeza de su deducción, que a nosotros no nos sorprenderá. Después, como una mujer que se debe a sus obligaciones, se abismó de nuevo en *Orlando*, a donde no tengo el valor de seguirla.

¿Quién era en realidad Aline Berger, antes de perder la mitad de sí misma? He dejado que Orlando me arrastre, asumiendo sin pensar el desprecio que le inspira a él, algo totalmente injusto que me fastidia, pues no me gusta encontrarme bajo control por falta de reflexión. En la loca empresa a la que se ha lanzado (¿él o ella?) como si fuera lo más natural del mundo hay algo que —es inevitable— me asombra y me deslumbra: casi me olvido de que, antes de la separación, esta locura formaba parte de Aline. *Esa vida de mujer razonable por la que he optado*: no lo quería a él, debía enmudecer o marcharse. Quizá encuentre a Aline muy dife-

rente de aquella a la que Orlanda mira estupefacto diciendo: *¿Ha perdido la mitad de sí misma y no siente nada?* Enseguida me doy cuenta de que hay que irse muy atrás en el tiempo: tiene doce años, es una chica fuerte y segura de sí misma que camina a zancadas y ríe en voz muy alta, entra en la casa corriendo, tira el abrigo sobre un sillón del salón y la cartera en cualquier sitio.

—Dios mío, cómo puedes ser tan masculina —dice la señora Berger, su madre, con un suspiro.

Estas palabras no generan una explosión, entran en Aline sin hacer ruido, ella sigue su camino, se mete en su cuarto, deja caer la chaqueta por un lado y los zapatos por otro antes de darse una ducha, porque en el vetusto colegio en el que ha tenido clase de gimnasia recomiendan una buena higiene a las alumnas, pero las duchas están averiadas cada dos por tres. Quizá cuenta de alguna forma con que los chorros tibios que le lavan el cuerpo se lleven esas terribles palabras, no sé, atravesaron en silencio las barreras de la memoria, se hundieron en las marismas, bajo las arenas movedizas del olvido, la mirada las pierde, avanzan llevadas por la corriente, se sedimentan y se pudren, infectan el agua en el que beben las raíces del futuro. Poco después, Aline tuvo su primera regla y, como su madre se había preocupado por informarla debidamente, no le extrañó encontrar, una mañana, sangre en el pantalón del pijama. Tomó una compresa del cuarto de baño y otra de recambio por si le hacía falta en el colegio. A la mañana siguiente, su madre hablaba indignada:

—¡Madeleine está usando mis compresas! El paquete de reserva está casi vacío. ¡Es increíble, yo que siempre la creí tan honrada!

Madeleine venía a limpiar tres veces por semana.

—No, mamá, las he cogido yo —dijo Aline.

—¿Cómo? ¿Te ha venido la regla y no me has dicho nada?

Cuando habló con su hija, la señora Berger se olvidó de añadir que debía ser informada de ello cuando ocurriera.

—Vamos a ver, ¿es evidente! ¿Y no has tenido molestias?

La ausencia de molestias parecía estar en el límite de la incorrección. Las palabras fatales que yacían en las profundidades se despertaron, aparecieron oscuros remolinos o, usando otra imagen, podría decir que seguían avanzando, abriéndose paso sin ruido. Aline no se sentía frontalmente atacada, pero dos periodos más tarde, pequeños calambres acerados le atravesaron el vientre, y la señora Berger mostró su aprobación aconsejándole que se quedara toda la mañana en la cama. Ese día había clase de geometría y de ciencias, sus favoritas, así que fue sin prestar atención a su útero, pero al mes siguiente tuvo dolores más fuertes y se quedó en la cama todo el día con bolsas de agua caliente, tratamiento que, según su madre, curaba perfectamente los males de la feminidad.

Se estaba rindiendo. Se dio cuenta de que los días que usaba compresas tenía que andar a pasitos, por razones prácticas que Virginia no me permite precisar. Luego las capitulaciones se sucedieron una tras otra de forma discreta y sutil. Su melena abundante y desordenada fue domada por excelentes peluqueros, aprendió a manipular objetos sin romperse las uñas y a manipular las ideas sin ofender a sus interlocutores. Le gustó gustar. Eso es lo que mata al chico que hay dentro de la chica. El día que cumplió diecisiete años su padre le dijo que se había convertido en una mujercita preciosa, y su madre, encantada, dio su máxima aprobación, pues no había contado con un marido en general poco expansivo para un cumplido tan franco. Aline lo necesitaba, pues siempre estaba luchando contra una tristeza vaga e inexplicable. Es imposible achacarlo a una añoranza de la libertad de gestos y zancadas, ni siquiera era consciente de que había renunciado a ellas, ni de que se movía en el mundo de las ideas con

enorme prudencia, temiendo los escollos, rodeando los arrecifes, siempre descontenta reprimiendo un impulso que la hubiera llevado hacia delante, aunque fuera a costa de golpes y cardenales. El amor a la geometría decayó, su madre solía decir que las mujeres no entienden nada de números, se consagró más a las letras y, al terminar sus estudios universitarios, defendió una tesis muy brillante sobre Proust, que se sumó a las miles de tesis parecidas en medio del polvo de las bibliotecas. Se convirtió en profesora ayudante en la facultad de letras de un profesor lo bastante viejo como para hacerse ilusiones de sucederle algún día.

En resumen, una buena vida, siempre que no dejara que las grandes zancadas la llevaran a subterráneos secretos, ni que su risa poderosa resonara por los pasillos cerrados de su memoria. No se casó, aunque era una de esas mujeres con las que los hombres siempre se quieren casar; es el único punto en el que no cedió a los deseos de su madre, que no entendía qué pasaba.

—¿Es que no quieres tener hijos?

Ella intentaba no responder y no quería preguntárselo.

Tras dos o tres relaciones más o menos fructíferas, conoció a Albert Durieux, un hombre tranquilo y seguro que le propuso vivir juntos, lo que apenas cambió sus costumbres, pues vivía en el mismo edificio que ella, también en el tercer piso. Durante un tiempo pasaban por el descansillo de una casa a otra, hasta que Albert tiró el tabique que separaba los dos salones.

A veces, por la mañana, en el tocador, mientras se maquillaba con cuidado, se detenía, miraba lentamente su reflejo en el espejo, se preguntaba por qué injusticia no se divertía nada cuando Albert parecía encontrar tanto placer en vivir con ella. Una vaga sensación de vacío la acompañaba a todas partes, pero estaba tan acostumbrada que creía que era un estado natural y no se paraba a pensarlo, por eso Aline no sintió gran cosa cuando el Orlanda se separó de ella.

Desde que llegó a mí estoy desconcertada porque no tengo casi nada que decir de ella. Se parece a su madre, que se parecía a su madre, generaciones de mujeres bien educadas que todas tuvieron la felicidad de no recibir demasiados talentos de las hadas invitadas a visitar su cuna, de modo que se conformaron sin problemas con lo que les estaba permitido. Al menos es lo que nos hacen creer cuando las miramos desde fuera, y quizá debo agradecer al destino que, en general, no me impone su presencia: tendría un problema real si estuviera obligada a hablar de la señora Berger madre. Aline tiene algo especial, está claro, su trabajo sobre Proust es realmente notable. En él estudia línea a línea el primer capítulo de *En busca del tiempo perdido* para mostrar con precisión que en él está incluida toda la obra: hay que leer las páginas en las que muestra cómo la estupidez de las tías es un anticipo, no solo de la Verdurin, sino del duque de Guermantes senil, sentado en un sillón en casa de Odette, que ahora se llama Forcheville, y que deja que le presenten a cualquiera. Sin embargo, ha restringido completamente su talento a su profesión, e incluso en este campo lo escatima: le propusieron adaptar su tesis a un libro y dijo que sí, porque nunca se atreve a decir que no, pero no lo hizo.

—¡Se ha escrito ya tanto sobre Proust!

Porque a fuerza de haber intentado convertirse en lo que su madre le sugería discretamente que fuera, no siente que sea única, como tiene derecho a sentir cualquiera, ni que tenga algo que decir que solo podrá decir ella.

Indiscretamente, seguí a Orlanda a los servicios y dejé a Aline delante de su vagón. Siempre subía al tren lo antes posible para elegir un asiento que le gustase: ventanilla, para tener una mesita, y en el sentido de la marcha, pues le gustaba ver llegar el paisaje. Dobló el abrigo y lo dejó en el portaequipajes, dejó el maletín en

el suelo y sacó *Orlando* con un suspiro. Todo le pesaba, y las tres horas que pasaría en este compartimento ya le estaban aburriendo. Cuando llegase, Albert la esperaría en el andén, feliz de volver a verla tras unos días de separación. Habrá que alegrarse, se dijo, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué estoy tan triste?

Y la respuesta se formó en su mente, clara, inevitable, aunque sepamos que es incompleta: porque siempre estoy triste y porque finjo estar feliz. Muestro una felicidad que no siento y Orlando, siempre tan entusiasta, me fastidia muchísimo. Lo encuentro ridículo, pero es por celos. Me deprimó. Me aburro. Soy la persona más tediosa que se pueda imaginar y no tengo ninguna posibilidad de escapar de mi propia compañía. No me soportaría una hora si me encontrara en un salón, así que me pregunto cómo puede soportarme Albert o, peor aún, cómo puede estar convencido de que no desea a otra que no sea yo. La sacudió un breve sollozo. Creo que tengo envidia de la felicidad que le doy, lo que es realmente una locura. Sin duda tiene tan poca imaginación como yo, no veo más explicación a una preferencia tan absurda. Me horrorizaría vivir sola, Albert me distrae de mí misma, lo peor sería la compañía perpetua de esta alma tan aburrida con la que tengo que cargar.

Parpadeó resueltamente para retener las lágrimas —¡es ridículo!— que la seguían amenazando. ¡Decididamente, *Orlando* no me sienta bien!, y lo guardó en el maletín. Sacó a Barbey d'Aurevilly, dudó un instante y lo volvió a guardar: quizá fuera diabólico, pero necesitaba una distracción más fuerte que la apartara de todo aquello. Solo podía elegir entre *Le médecin des pauvres*, de Xavier de Montépin, que le había regalado su amiga Chantal, que vivía en Besanzón, pues decía que podría leer admirables descripciones del Franco Condado en el siglo XVII, y *Darkover Landfall* que, bajo la

influencia de otra amiga, había comprado en Smith. ¡Esto es lo que necesito! El próximo milenio y un planeta imaginario, pensó. Y además le parecía que sería menos infiel a Virginia Woolf si no abandonaba el inglés, aunque fuera el inglés americano.

Se anunciaba el cierre inminente de las puertas cuando Orlanda saltó al último vagón. Con la tormenta de emociones en la que estaba inmerso, se había olvidado la bolsa en los servicios y había tenido que correr para buscarla. Aline era poco deportista, pero Orlanda saborea nuevas delicias: galopa y sortea la multitud de viajeros que esperan en el vestíbulo, salta ligero sobre los montones de maletas. Es muy joven, el cuerpo que habita goza de excelente salud y su alma de doce años recupera las zancadas y el poder perdidos. Cuando sube al tren de un salto ni siquiera ha perdido el aliento, se ríe porque está en el paraíso —¡los ángeles seguramente mirarán hacia otro lado!— y sonrío a una mujer que lleva numerosos bulbos, que también ha tenido que correr, pero está jadeando. Deje que la ayude, dice levantando por derecho una maleta. Ella frunce el ceño, parece desconfiada, él no insiste y, tras dejar la maleta en el compartimento siguiente, sigue su camino haciendo una pequeña reverencia burlona. Quiere alcanzar a Aline y para ello tiene que cruzar ocho o diez vagones, lleva la bolsa encima de la cabeza para poder deslizarse con soltura entre la gente que va y viene buscando sus asientos, es risueño y ágil, realmente nadie puede reconocer al joven con jaqueca del café. El tren gana velocidad y aborda la larga curva que lo llevará hacia el norte, Orlanda no se trastabilla, baila al ritmo de las sacudidas, un viajero lo sigue con la mirada, pero él no se da cuenta porque busca a Aline.

Ella está sentada de lado, con los pies en la banqueta, sumida en la novela de ciencia ficción que Orlanda le obligó a comprar en Smith. Él se siente un tanto celoso, hace un mohín y se consuela di-

ciéndose que no aguantará ni una hora antes de que sus escrúpulos la devuelvan a Virginia Woolf. Como sabe que no se va a mover de su compartimento, retrocede para buscar los vagones de segunda. En el primero que cruza, encuentra a un grupo de muchachas que vuelve de un viaje escolar. Corren en todos los sentidos, charlando excitadas; él hace una mueca y sigue avanzando: un joven con un *walkman* llena el aire de ritmos rudimentarios, algunos soldados de permiso roncan tumbados sobre las banquetas y una madre de familia intenta vigilar a tres niños turbulentos.

—Pagaré el suplemento —se dice volviendo a primera clase.

No fue necesario, pues se cruzó con el revisor, que le picó el billete sin preocuparse de dónde se iba a sentar. Eligió un compartimento ocupado por algunos señores como en viaje de negocios: uno había colocado un pequeño ordenador sobre la mesita y tecleaba con entusiasmo, el segundo guardaba papeles en carpetas, el tercero hojeaba una revista y levantó la mirada para observar a Orlanda colocar su bolsa en el portaequipajes.

—¿Y ahora solo me queda aburrirme durante tres horas?

Enseguida comprendió la agitación de los niños turbulentos. Es cierto que a su edad ya era de lo más dócil ante los deseos de mi madre y me quedaba sentada con un tebeo, conteniendo mi impaciencia en silencio. ¡Ah, los viajes para ver a la tía Adèle! Estaba a la altura de las tías de Proust y Ourscamp era tan aburrido como Combray. Este pensamiento le hizo dar un respingo nervioso y salió al pasillo. El registro de sus bolsillos lo llenó de decepción: Lucien Lefrène no fumaba.

—¿Busca un cigarrillo?

El señor de la revista le tendía un paquete de Camel con una sonrisa. La primera reacción de Orlanda fue pensar que no le gustaba el tabaco rubio. Qué sé yo, después de todo —se dijo— es Aline la que no fuma tabaco rubio. Así que aceptó uno.

—Muchas gracias.

—Es un placer.

El amable viajero encendió el mechero y lo levantó: hay personas que obligan a agacharse para alcanzar la llama, o que la acercan con tanta fuerza que ponen el pelo en peligro y hay que retroceder con rapidez, o la dejan a veinte centímetros a la derecha y hay que retorcerse para alcanzarla, arriesgarse a una tortícolis y luego dar las gracias. Aline, educada para considerar que es de mala educación rechazar una atención cortés, había encontrado una escapatoria: se había comprado un mechero muy costoso y elegante, un Cartier o un Dupont, no sé porque estoy menos al corriente que ella de esas cosas, el objeto impresionaba y hacía retroceder los mecheros de diez francos. Orlanda, que se esperaba la ordalía habitual, quedó sorprendida de ver cómo la llama llegaba muy exactamente al extremo del cigarro, levantó la vista y se estremeció: este hombre no era tan elegante como el de la estación, pero tenía una mirada penetrante y una ligerísima sonrisa de invitación que valían más que el cachemir. Aline conocía bien este tipo de mirada que nunca podía sostener, firme, dura, mirar es pesar, doblegar, intentar tomar posesión, sostener una mirada como esta es ya aceptar, un segundo es una rendición, ya no es posible volver atrás. Orlanda se estremeció. Con el cigarro encendido, retrocedió, se apoyó contra la ventanilla, muy asombrado, él, que se sentía provocador, de que le provocaran. ¡Me parece que he elegido muy bien dónde meterme!, se dijo. Lucien Lefrène es realmente muy guapo. Se preguntó cómo se liga cuando el objeto de las atenciones es un chico. ¿Vives con tu madre? o ¿No nos hemos visto antes? le parecían improbables. Pensó en ¡Tienes un pene enorme!, lo que le hizo reír, pero recordó que Jupien no había pronunciado aquel delicado cumplido hasta *después* y, además, Lucien tenía unas caderas muy estrechas y un trasero pe-

queño y musculoso. El hombre se apartó unos pasos, sin dejar de mirar a Orlanda y le preguntó a dónde iba.

—A Bruselas.

—Yo me bajo en Saint-Quentin.

—Ya falta poco.

—Demasiado poco —dijo.

Vaya, vaya... Así que son así de directos. Y no he visto nada, pensó Orlanda al ver cómo su interlocutor se desabrochaba la chaqueta y metía las manos en los bolsillos del pantalón, con lo que se hacía visible una evidente emoción. Sintió que respondía con ardor y se enderezó para que su entusiasmo fuera bien patente.

—Venga —dijo el otro.

Como Aline había sido la mujer decente que ya conocemos, Orlanda se preguntó a dónde tenía que ir. Vio cómo el viajero se daba la vuelta y se dirigía con paso vivo al fondo del vagón: sus andares eran firmes y elegantemente equilibrados. Apenas lo he mirado —se dijo—, aparentemente lo que me gusta tanto no es él, sino la situación. La pobre Aline está convencida de que las largas conversaciones y los arrebatos del alma son las piedras angulares del deseo. Ha leído con suma atención el encuentro en el patio del Hôtel de Guermantes, y no ha entendido nada. Pero ¿dónde demonios va? Aquí no hay nada parecido a una trastienda. El hombre giró hacia la derecha, Orlanda lo alcanzó: ¡había abierto la puerta del servicio! ¡Pero qué ingenuo soy! A ver, es la única posibilidad.

—Entre, deprisa.

Se deslizó en el pequeño espacio, tuvo que retroceder para dejar sitio al que sería el primer compañero sexual de su nueva vida y, en cuanto se cerró la puerta, se apretó a él. Por fin lo miró: un rostro apuesto, de trazos firmes, pelo castaño bastante corto,

pero, sobre todo, la mirada aguda, penetrante, como si todo el alma de ese hombre estuviera concentrada en sus ojos para abalanzarse, atrapar, encerrar en un abrazo violento, tan poderoso como el de los brazos que sujetaban duramente y hacían alzarse la tormenta, Orlanda temblaba de pies a cabeza, Aline nunca se había visto tan salvajemente sacudida por una tempestad, los diques se derrumbaban y el deseo se derramó, invadiéndolo todo, ahogando a su paso los últimos restos de Lucien Lefrère, Orlanda se sintió caer en el universo monstruoso de las pasiones que dan miedo, en las que nos jugamos el alma por un instante de placer con la terrible grandeza de un crimen, comprendió los fuegos del infierno y los gritos de los predicadores que asombran a nuestro siglo y supo que estaba condenado, Nuestra Señora de la Pureza, de la Castidad y de la Modestia retrocedieron dando gritos de espanto, la boca del muchacho recibió la boca exigente del hombre y gimió ante el choque de su propia respuesta. Mientras le toman, quiere tomar, y con las dos manos aferra las caderas que le buscan. ¡Oh! La violencia de este abrazo, con los hierros en alto, rabos cruzados, duelo blanco, acero templado en la leche de las delicias por venir, jadeos de los combatientes apretados uno contra el otro, Orlanda no se quiere apartar del hombre que intenta deslizar la mano contra su vientre, tras una vida centrada en la gruta secreta, disfruta de la prodigiosa novedad de la extraterrestrialidad, asta, mástil, estandarte, se aferra al asta, al mástil, al estandarte, en un instante... Creo que estoy de más. Es hora de irse, el lugar de una mujer de mi edad, educada para respetar los buenos modales y las inhibiciones no es este, más vale que me reúna con Aline.

Aline leía. Los astronautas náufragos contaban los muertos y contemplaban un cielo desconocido en el que ya no podrían volar, conquistadores privados de años luz, tendrían los pies pegados

al suelo y las manos al arado. Aline estaba por cerrar el libro cuando vio asomar el grano de locura que necesitaba su aburrimiento, extraños delirios se apoderaban de las almas y la sabiduría se hacía añicos. ¡Ah! Orlanda estaba lejos, quién cedería al aire de los tiempos y, sometiéndose al pudor de las mujeres, escondería el tobillo que turbaba al capitán del barco: un polen peligroso se desparramaba por el aire, los que lo respiraban olvidaban toda contención, lanzaban sus gorros a lo alto, por encima de los motores atómicos, y arrojaban sus uniformes a las ortigas para dar libre curso a las pasiones más temibles. ¿Qué hace Orlanda atravesando varios siglos? Se tira a algunas campesinas, a una reina, ya que estamos, a una señorita de la aristocracia rusa y luego, convertido en mujer, parece que se acuesta —¡no él, ella!— con prostitutas amables y se casa con un noble navegante. ¡Menudo negocio! ¡Menuda liberación! Y, para acabar, la encontramos en unos grandes almacenes de Londres, como la propia señora Dalloway, comprando no flores, sino sábanas para una cama de dos plazas. El lenguaje de Marion Zimmer Bradley no es tan bello, seguro, pensaba Aline, pero me divierte y lo necesitaba. Una extraña criatura de pelo muy blanco salía del bosque, avanzaba con paso vacilante hacia una mujer estupefacta y pronto encantada, le hablaba, de espíritu a espíritu, era tierna, loca e infundía enorme seguridad, tanto que los ojos de Aline se volvieron a llenar de lágrimas. Imaginó la dulzura de sentirse absolutamente protegida, cobijada en un alma que solo pensara en su felicidad, sea quien sea, sería aceptada y querida, no tendría nada que hacer salvo existir para llenar de gozo al objeto amante y olvidaría ¡ah, cómo lo olvidaría! todo este duro trabajo de merecer la benevolencia, volvería a ser inocente, audaz y confiada. No sospechaba que, en ese mismo instante, Orlanda, de vuelta al universo anterior al pecado original, que permite aceptar el poder de los interdictos, iba

de cielo en cielo para no emerger hasta llegar al séptimo, lejos por encima de las nubes, a pleno sol, sol de una mirada cautivadora.

Salieron del servicio cuando la megafonía anunció la llegada a Saint-Quentin. Orlanda pasó el primero y se cruzó con la señora de paquetes innumerables y mirada suspicaz. Repitió su reverencia.

—Espero que haya encontrado un compartimento a su gusto.

No había terminado de examinar con inquietud a un joven muy educado pero vestido como un granuja cuando, para su mayor asombro, otra persona salió de un lugar tan estrecho. El señor se inclinó discretamente y pasó. Espero, para la mayor felicidad de nuestros personajes, que la mujer tuviera un alma ingenua e impenetrable al escándalo.

Orlanda siguió con la vista a su amante de una hora que avanzaba por el andén con paso decidido: una niña de unos diez años saltó a sus brazos y luego llegó otra, más pequeña, y el esposo besó tiernamente a la mujer rubia que las acompañaba. A fe mía —se dijo Orlanda— eso sí que es un hombre deseoso de multiplicar las fuentes de placer. Es un modelo a seguir y, como todo esto me ha dado sueño, buscaré un compartimento libre y un asiento en el que dormir la siesta.

Orlanda, que conocía naturalmente a Aline al dedillo, no se había equivocado: había vuelto a Virginia Woolf y al virtuoso aburrimiento que le daría buena conciencia. Como había dormido bien y las hazañas amorosas de Orlanda no la habían cansado, leyó sin parar hasta Bruselas: el siglo XVIII acababa y las nubes del siglo XIX se acumulaban sobre San Pablo cuando levantó la nariz y vio aparecer los enormes aparcamientos donde innumerables Volkswagen nuevos esperaban para ser entregados. ¡Uf!, se dijo. Cerró el Virginia Woolf, se puso la chaqueta, tomó el maletín y se dirigió a la salida. De paso,

se fijó vagamente en un joven que parecía dormido profundamente. Al menos a él el tiempo no le habrá parecido tan largo como a mí. ¿Por qué hace Woolf que su protagonista recorra así los siglos? Es una pregunta que me tendría que hacer antes de hacérsela a mis estudiantes; el problema es que tendré que preparar una respuesta.

Orlanda, de quien no debemos olvidar que en realidad tiene un alma de doce años, aunque su cuerpo tenga veinte, dormía con la convicción poderosa de los niños, y no le despertó la megafonía que anunciaba la llegada a la estación. No se sobresaltó hasta que el tren se detuvo. Se frotó los ojos, bostezó y tomó su bolsa de viaje. En el andén, Albert recibía a Aline. Orlanda miraba distraído una escena que, en suma, le resultaba familiar, cuando le invadió la sorpresa: es que pensaba en Albert como si fuera Aline, es decir, como una esposa acostumbrada y distraída. ¡Está loca! —se dijo— ¡este hombre quita el hipo! Alto, robusto, atlético, aunque con un andar ligero y un gesto envolvente que dan ganas de acurrucarse. Vale que no sepa que es guapa, pero no ser consciente de tanto atractivo es un desperdicio. Realmente, he hecho muy bien en abandonarla. Y pensar que no tengo la menor posibilidad de seducirlo, porque no le interesan los hombres en absoluto. Suspiró, bajó del tren y los siguió.

Albert había colocado el brazo sobre los hombros de Aline y, después de preguntarle cómo estaba —muy bien, dijo ella, pues ni un instante pensó en hablarle de la extraña inquietud que la había atormentado—, le contó las novedades: había pasado los cuatro días trabajando en los planos de la torre Bordier con los arquitectos, había sido muy complejo.

—Sus ambiciones aumentan sin parar. ¡Quieren igualar a Foster en Hong Kong, o incluso superarlo! Régnier piensa en

abandonar, porque es tímido, pero yo me aferro. Está aterrorizado por los problemas de circulación interna, tiene tanto miedo que casi es divertido oírle decir que nos piden construir algunas escaleras y ascensores con paredes alrededor.

Pensara lo que pensara Orlanda, Aline era consciente de la fuerza que emanaba de Albert y lamentaba no dejar que la impregnara más. Estaba desbordada. Este brazo protector sobre sus hombros, esta voz vibrante, esta forma de estar atento a los obstáculos, la guiaba, evitando un carrito de equipajes, deslizándose entre los pasajeros demasiado lentos, todo era inútil, porque ella no podía dejarse proteger. El peligro venía del interior, Albert era como un ejército que rodease una fortaleza mirando hacia el exterior, cuando los enemigos están dentro, suben desde los sótanos, bajan desde los desvanes, desplegándose por los pasillos y deslizándose invisibles hacia las habitaciones donde los aterrorizados castellanos ven acercarse a la muerte. Me duele —pensó Aline— y no sé dónde está la herida. ¿Cómo va a saber que una mitad de ella misma la sigue a diez metros y que su alma está amputada?

—He dicho que iríamos esta noche a cenar a casa de los Lardinois, siempre que no estés muy cansada, ya les avisé de que acabas de llegar. Estarán Régnier y su inevitable Olga, los Geilfus, Charles y Adrienne, es gente suficiente como para que podamos cancelar sin desequilibrarles la cena.

Lo ha previsto todo. Su delicadeza nunca falla.

—No estoy cansada —dice Aline.

¿Cómo va a llamar cansancio a este hastío desesperado que la invade? Había dormido bien, había trabajado como siempre, ocho horas en una biblioteca tranquila, nada fuera de lo normal para una persona con buena salud. Jeannine Lardinois cocinaba a la perfección, Albert y Aline consideraban un pecado perderse una cena en su casa.

—Por fin tuve noticias de Antoine. Está en Guatemala. Imagínate que cuando su avión aterrizó en Santo Domingo...

Aline ya no escuchaba. La atravesaba un dolor tan violento que le dio miedo: mientras Albert la arrastraba hacia el coche, Orlanda, de pie a la entrada del metro, la miraba alejarse. Sonreía burlón, estaba seguro de no haber terminado con ella, pero tenía tiempo.

Dos minutos más tarde:

—¿Y por qué me he metido en el metro? —se preguntó molesto. Sin duda es un reflejo de Lucien Lefrène, me está hartando, tengo que vigilarlo bien.

Aline solo se movía en coche, no sabía nada de transporte público, pero Orlanda se fijó en los planos y enseguida localizó la calle Malibran. Tenía que tomar la línea 1 y hacer transbordo en Porte de Namur para esperar el 71. Con un gemido buscó en los bolsillos un trozo de papel para apuntar toda la información. En París, Aline recordaba estas cosas de forma natural. Me parece que Orlanda es un poco esnob. Hace un rato se quejaba de tener que viajar en segunda y ahora se siente perdido por viajar en tranvía en la ciudad en la que ha crecido. Bueno, quizá me equivoque: tiene doce años, es la edad en la que descubrimos que hay cosas que son *chic* y otras que no lo son. Bueno, es peor, creo que ya no se dice *chic*, sino *in*, a menos que siga yendo con retraso y desconozca la palabra que hay que usar ahora para decir que algo está de moda. Y es verdad que el tranvía nunca ha estado de moda.

Estaba atestado. Orlanda se encontró de pie en la plataforma, en medio de una multitud que se balanceaba. En cada bache, una chica se dejaba llevar y chocaba contra él. Primero se sintió molesto, luego recordó que ya no era Aline y decidió que tenía que experimentar con este tipo de contacto. Olía a pastilla de jabón y le hacía pensar en la señora Berger, que no quería considerar como su madre, ya que no quería ser Aline, así que usó su nom-

bre de pila, Marie. Marie enjabonaba vigorosamente a su hija y la rociaba con agua de colonia. Orlanda sintió cómo el olor de Aline ascendía desde el pelo de la chica morena y se frotaba contra su nariz, el perfume delicado de la feminidad bien cuidada le resultó insoportable, era la cárcel en la que había estado encerrado y de la que nunca pensó poder escapar, se apartó todo lo que pudo de la joven, que no pareció demasiado molesta por ello. Creo que no me van a interesar las chicas, se dijo. Me parece que he cambiado de sexo, pero no de sexualidad.

El dolor agudo que había sentido Aline al salir de la estación se fue calmando, pero muy despacio, y pensó que no iría a la cena de los Lardinois. Albert sintió su silencio y su distracción y se calló, pero cuando se detuvieron en un semáforo se volvió hacia ella y la miró atentamente:

—Pareces cansadísima —dijo.

Ella se esforzó por sonreír.

—Definitivamente, no me gusta el tren. Tres horas sentada sin moverme en un compartimento helado por el maldito aire acondicionado. Me daré un baño caliente, me tumbaré media hora y estaré perfectamente.

¿Por qué se obligaba a ir si no le apetecía nada? Así paso la vida, inventándome deberes, como las veinte generaciones de mujeres que me precedieron y como mi madre, pensó en el momento exacto en que Orlanda retrocedía ante el olor a jabón. Hola, Jeannine, hola, Olga, ¿te has recuperado de la bronquitis? No es cosa de hacerle ver lo cansada que parece o de preguntarle cada vez que la veo si se ha curado de su última enfermedad, ni de decirle a Régnier que su timidez molesta a todo el mundo. ¿En qué soy diferente de la señora Dalloway? Ella es rica y yo trabajo, lo mismo que hacía Virginia Woolf, cuyas protagonistas nunca

trabajaban, o eso creo, no lo he releído todo. ¡Menudo trabajo! Esto tampoco me atrevería a decirlo, Charles me daría una hora de clase sobre una técnica de escritura que influyó a todos los novelistas del siglo xx sin decirme nada que no sepa y sin escucharme ni un instante. Sus personajes son un espantoso catálogo de lugares comunes. ¡Señor! ¡Pasar meses de su vida en compañía de Clarissa Dalloway o Betty Flanders! Es comprensible que se volviera loca... Aline, querida, lo has entendido todo al revés, es evidente que creaba personajes tan estrechamente encerrados en pensamientos banales para luchar contra su locura. Sus propios pensamientos debían de darle terror.

Albert se reía:

—Si dices una cosa así delante de Charles, no te quepa duda de que te va a excomulgar.

Y así se dio cuenta de que hacía cinco minutos que pensaba en voz alta, lo que la tranquilizó y la alivió. Estoy mejor. En el fondo, la reflexión a propósito de la literatura es el único lugar en el que me siento libre. Luego hizo una mueca: ¿la reflexión? En el secreto de mi mente, o solo para Albert, pues no me atrevería a enfrentarme con Charles.

A veces Aline se preguntaba —tan brevemente que no tenía tiempo de recordarlo— si no era por la comodidad de la cercanía si Albert y ella vivían juntos. Para explicarlo hay que remontarse muy atrás. Su padre había recibido como herencia una antigua posada, a unos treinta kilómetros de Bruselas. En el momento de casarse y elegir casa, fue a verla y encontró una mansión inmensa, moderadamente ruinoso, de la que se enamoró en el acto. Aline había crecido en amplias salas de techos bajos por las que podía correr veinte metros en línea recta sin que la detuviera una pared. En el pueblo de al lado había una escuela primaria y un instituto

a cinco minutos en coche. Su madre la llevaba todos los días. En cambio, la universidad estaba en Bruselas. En ese momento, su padre le alquiló un pequeño estudio en el que no podía dar tres pasos sin chocar con la cama, la mesa o el lavabo. El día en que los inquilinos de la plaza Constantin Meunier anunciaron que se marchaban, el señor Berger, compadecido al verla como prisionera en una celda, decidió no volver a alquilar la habitación. La llevó a este piso de tres ambientes, cocina y cuarto de baño, vacío y luminoso, que le dio la sensación de que de nuevo podría respirar a pleno pulmón. Tenía tanta necesidad de recuperar esa sensación de espacio que al principio casi no llevó muebles: una mesita cuadrada y cuatro sillas le parecían abarrotar una habitación de cinco metros por cinco.

—¡No puedes vivir en este desierto! —le decía la señora Berger. Aline quiso ser amable.

—Habrás que poner cortinas.

La señora Berger compró kilómetros de visillos y terciopelos, pasó tres días con la máquina de coser y llegó para colgarlo todo. Mostrando ya ese gusto por las escalas de tonos que Orlanda apreciaría quince años más tarde, Aline había exigido tonos marfil, para que se combinaran con el parqué claro. Las paredes se cubrieron rápidamente de estantes cargados de libros, pero siempre se resistió a llevar muebles.

Llevaba allí unos años cuando Albert Durieux se instaló en el mismo rellano. Enseguida se fijó en la joven encantadora y discreta e hizo lo que se suele hacer: se quedó sin sal la primera noche, cuando ya era demasiado tarde para comprar, y llamó a su puerta.

—Venga —dijo ella dirigiéndose a la cocina.

Era un edificio de 1930 en ángulo obtuso, en la esquina de la avenida Molière y de la plaza Constantin Meunier. Cualquiera-

ra diría que los arquitectos tenían la misión de meter allí dentro todos los pisos posibles, así que trazaron una diagonal en ese ángulo y dibujaron, como pudieron, dos viviendas simétricas, lo que dio salones y cocinas triangulares, muy poco adecuados para cumplir con sus funciones. Aline, que vivía sola y cocinaba poco, no se preocupó por mejorar una instalación rudimentaria. Puso un poco de sal en una taza y se la tendió a su nuevo vecino.

—Aquí tiene.

Las cosas no se quedarían así y, al día siguiente, depositó un ramito de flores delante de la puerta de Aline... Y no voy a contar detalladamente una conquista perfectamente clásica. Aline dormía en la más pequeña de las tres habitaciones que daba a la parte trasera, a unos jardines mediocres; la primera vez que pasaron la noche juntos Albert protestó porque no era posible hacer entrar a un hombre de su tamaño en un espacio tan pequeño, y se la llevó a su casa. Su dormitorio daba a la fachada, era simétrico a la habitación de cinco metros por cinco que Aline había convertido en despacho. Aline no tuvo problema en admitir que estaban más cómodos.

La sal en casa de Aline, la cama en casa de Albert: esa fue la pauta. Por la noche se encontraban, preparaban la cena del lado de la avenida Molière y dormían del lado de Constantin Meunier. Aline abandonó su cuarto de baño y Albert, aficionado a la cocina, llevó sus cacerolas a casa de Aline. Cuando empezaron a recibir juntos a sus amigos, había grandes idas y venidas por el descansillo, se dejaban las puertas abiertas, los platos y cubiertos circulaban de un piso al otro sobre una mesita con ruedas.

Albert Durieux era un hombre sutil, no cometió el error de pedirle matrimonio a Aline. Era muy consciente de esa zona retirada en la que no debía intentar entrar y de la que en realidad ella

tampoco sabía nada. Aunque alguien hubiera propuesto a esa mujer que se describiera, le hubiera costado mucho, era como si no tuviera ningún signo particular: ¿quién no experimenta vagos ataques de tristeza? La fuerza envolvente de Albert era como una promesa de seguridad, ya sabemos que ella no la podía disfrutar, lo que la tenía desolada.

Tras unos meses, se puso a recorrer los dos pisos, de la comedia clásica (Molière) a la escultura naturalista (Meunier). Iba y venía, examinando, refunfuñando, adivinando, ante la mirada intrigada de Aline, que no preguntaba nada porque tenía a Orlanda, curioso e impaciente, bajo control. Luego sacó un metro, midió y dibujó croquis misteriosos en trozos de papel.

—Tenemos cada uno sesenta y cinco metros cuadrados, y estamos apretados por tu amor a los espacios libres y mis generosas proporciones. Entre los dos, son ciento treinta metros.

—Sí —dijo Aline ante una aritmética incuestionable.

—Podemos tirar los tabiques, no son de carga. Retira en tu mente la pared oblicua que separa tu espantoso salón triangular del mío y contempla la gran habitación que tendríamos. Luego, ven, vamos a tu casa y quitamos todo lo que separa tu habitación, la cocina y el cuarto de baño, instalo los fregaderos y las máquinas necesarias en la pared del fondo y tendremos una habitación de agradable aspecto estrafalario, donde podremos cocinar y comer. Hago lo mismo en mi casa, adiós a los pequeños y tristes espacios en los que chocamos con todo.

Cruzaron el rellano y él describió con pasión el espacio irregular que crearía, lleno de recovecos irracionales y encantadores.

—Tendremos una inmensa bañera para ti, una tumbona en la que te puedas recuperar, te encontraré uno de esos tocadores de teatro que te gustan tanto, con bombillas alrededor del espejo, y yo me compraré una bicicleta estática, son objetos ridículos, pero

podemos hacer cinco kilómetros cada mañana, algo necesario para un hombre sedentario.

En las profundidades resonaban grandes pasos. Albert derribaba tabiques, empotraba las tuberías en rozas que cubría de espejos, era lírico. Como Albert había asumido toda la fantasía, Aline pudo dejarse llevar y la idea más loca la propuso ella:

—Y harás una pasarela cubierta que comunique los dos balcones de atrás. Estará acristalada, llena de sol, con un bosque de plantas verdes. Viviremos en un anillo herméticamente cerrado, un auténtico universo en el que, si caminas hacia delante, vuelves al punto de partida.

Albert se quedó sin aliento. En cuanto recuperó la respiración, juró que conseguiría los permisos de obras necesarios, aunque tuviera que sobornar a todos los funcionarios. No hizo falta, me apresuro a añadir, los funcionarios son honrados, pero distraídos, y aceptaron todo.

Vivieron semanas de escombros y meses de hormigón, yeso, fontanería y tapicería. Durante cerca de un año vivieron con los padres de Aline. La señora Berger no comprendía que fuera posible casar dos pisos pero no a sus propietarios.

He contado con todo detalle la historia de este piso, pues me parece un retrato de Aline encerrada en ella misma, pero con una puerta de más por la que se escapó Orlanda. No se conoce, pero ¿quién se conoce? ¿Acaso no vamos todos por la vida con la misma ignorancia de lo que somos, dispuestos a abalanzarnos sobre cualquier descripción de nosotros mismos que nos dé la ilusión deliciosa de tener una identidad sencilla que se pueda explicar en pocas palabras?

Evidentemente, Aline era géminis.

Entró por el lado de Constantin Meunier y suspiró de felicidad al reencontrarse con sus paredes. Desde luego, era espontáneamente ordenada, como nos ha dicho Orlanda cuando hablaba de su bolso, pero si cruzó los salones y fue a dejar el maletín en su despacho, volvió por la cocina y cerró el círculo tomando la pasarela para llegar al cuarto de baño fue por el placer de recorrer sus dominios. Allí se desmaquilló cuidadosamente antes de sumergirse en la bañera.

Sumergirse no es una forma de hablar: al comienzo de su vida en común, Aline provocó en Albert un ataque de terror. Estaba en la cocina, todavía triangular y minúscula, batiendo claras a punto de nieve para hacer un merengue con natillas mientras ella se daba un baño. Como no contestaba a una pregunta, cruzó el pequeño vestíbulo hacia el baño y la vio totalmente sumergida, inmóvil, con los ojos cerrados y el cabello flotando alrededor de su cabeza, la terrible imagen de una ahogada. Dejó caer el plato, que se rompió, se precipitó y la sacó estupefacta del agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Aline inocentemente.

—¡Te estabas ahogando!

—¡En absoluto! Siempre hago eso. Me dejo llevar por la corriente. Es muy agradable.

—¿Qué corriente? —preguntó Albert demasiado asustado como para comprender.

—Bueno, ya sé que no hay corrientes en una bañera, sobre todo tan pequeña, pero sueño que estoy en una laguna, en el trópico, y las corrientes me llevan aquí y allá y subo y bajo.

Es la única extravagancia que se permite Aline. Albert tuvo alguna dificultad para adaptarse. Al principio se sentaba a su lado para estar seguro de que podría volver a tiempo a la superficie. Dejándose llevar por este juego infantil, podía aguantar la respiración durante más de dos minutos sin problema.

—¿Y si algún día te desmayas haciendo eso? ¿Te ahogarías?

—¡No! Al no poder respirar saldría.

A ella no le parecía que tuviera un componente suicida.

Como el tranvía es más lento que el coche, Aline flotaba entre dos aguas cuando Orlanda llegó a la calle Malibran. Se encontró frente a una casa muy ancha y, como a la derecha había una tienda de comestibles y a la izquierda un vendedor de periódicos, supuso que Lucien Lefrène no vivía en la planta baja. Empezó a subir por una escalera mal iluminada y, en el segundo piso, vio una tarjeta de visita pegada a la puerta con una chincheta. Vale, se dijo. ¿Ahora cuál es la llave? Espero que no me vea nadie probarlas todas, parecería que el pobre Lucien se ha vuelto loco. La tercera llave le permitió entrar en casa de su anfitrión. Dejó la bolsa en una silla y miró a su alrededor, atónito: ¿se puede vivir así? ¿Es posible prescindir hasta este punto de orden y limpieza? Un suelo de linóleo completamente desgastado, una pila de loza desportillada llena de platos sucios, un desagradable olor a humedad, la cama no estaba hecha y el cubo de la basura estaba lleno: ¡cuida su casa tan poco como sus uñas! ¡Este chico es imposible! Ha sido una imprudencia lanzarme sin saber nada de él. Quizá sea drogadicto, camello o sifilítico. Hizo una mueca y sintió cómo veinte generaciones de mujeres respetables que habían reinado sobre Aline se estremecían. No me puedo quedar aquí si no limpio antes, tengo que ir a un hotel. ¿Tendré dinero suficiente?, se preguntó presa de una desconfianza ancestral hacia los hombres que no tienen una buena situación, relaciones adecuadas y una cuenta en el banco.

—El sexo no es lo único en la vida— suspiró—, también hay que comer caliente y dormir cómodo. ¿Dónde guarda Lucien Lefrène sus papeles?

El piso era muy pequeño, el registro fue breve: encontró los extractos bancarios en el cajón de la única mesa y descubrió estupefacto que tenía más de medio millón en el banco. Como Aline acababa de pasar ocho días en París, hizo mecánicamente el cambio: ¡ochenta mil francos franceses! ¡A su edad! ¡Y encima era un tacaño! ¡Si la habitación está sucia es porque no quiere gastar en detergente! Y tampoco confía en su memoria, lo que me viene muy bien, añadió tras encontrar un trocito de papel arrugado con los números secretos de las tarjetas apuntados en orden. Podré cenar en un sitio decente. No son ni las siete y me muero de hambre. Supongo que no ha comido hoy, no hay ahorros pequeños para los auténticos avaros. Este medio millón me da cierta tranquilidad, no sería propio de un heroinómano, hasta Aline sabe que las drogas son la ruina.

Necesitaba ropa interior limpia para llevar al hotel. Orlanda volcó el bolso sobre la cama. Entre las camisas y los calzoncillos sucios encontró un magnetofón que solo le intrigó un momento. Abrió el único armario con un solo dedo, del asco que le daba. Solo encontró tres camisas bien dobladas y se quedó estupefacto al descubrir debajo un pequeño revólver de aspecto feroz. ¿Será esto lo que llaman un colt nueve milímetros? Unos días antes, Aline había conocido a una gente que hablaba con pasión de armas automáticas y solo había escuchado distraídamente, aunque a Orlanda le había interesado. Tomó el objeto, lo sopesó y lo dejó en su sitio con una mueca. ¿Por qué un joven que vive en un tugurio posee un objeto tan poco habitual? Dejó el análisis de esta curiosidad para más tarde y buscó lo que necesitaba. Encontró, contento, una chaqueta de ante desgastada, pero que le pareció de un gusto menos desastroso que la cazadora de polipiel.

¿A qué hotel puedo ir en mi propia ciudad? Se quedó perplejo un momento. Siempre están los Hilton y los Holiday Inn, lu-

gares que Aline consideraba ridículamente onerosos, es decir, un tanto vulgares, luego tomó la guía de teléfonos, buscó un tres estrellas en una calle tranquila y llamó a un taxi.

Allí, en la tranquilidad de una habitación limpia y provista de las comodidades habituales, empezó tomando un baño de la forma que ya he descrito y luego examinó sus venas en el pliegue del codo, sin encontrar marcas de pinchazos, lo que lo dejó tranquilo. Ha sido muy impulsivo lanzarme así; Aline, mujer ponderada que siempre cuenta hasta cien, estaría horrorizada. Supongo que a fuerza de refrenarme me he vuelto tan irreflexivo. He saltado a la primera oportunidad sin mirar a dónde iba, y creo que no me gusta mucho el chico al que he llegado. Aunque... De pie ante el gran espejo de la habitación, sonrió: ¡estoy muy bien hecho! Los hombros musculosos, las caderas estrechas, los ojos más grandes de lo que estaban en la estación del Norte, porque yo no vivo con los ojos entrecerrados, he vivido en la sombra demasiado tiempo para no abrir los ojos todo lo que pueda. Ahora tendré que beber mucha agua para terminar de limpiar el interior tras los excesos, pero ya tengo mejor cara. El lunes iré al médico y pediré un examen completo, el hígado de un muchacho que tiene dolor de cabeza cuando bebe quizá exija algo de atención. Ahora, a comer: tengo que dar buena carne roja y verduras a este joven que se ha saltado el almuerzo si quiero sacar de su cuerpo todo el placer que su juventud promete. Seré impulsivo, pero al menos no me he metido en un anciano. ¿Quizá la sensata Aline experimenta un placer culpable con los jóvenes que nunca ha llegado a admitir? En el café, la que eligió fue ella. Soltó una carcajada y cenó muy alegremente.

Aline, en casa de los Lardinois, besó a Jeannine, sonrió a todo el mundo, se informó sobre la bronquitis, que no había sido muy

grave, y se encontró cortando su trozo de carne y diciendo a Charles que Virginia Woolf encerraba tan bien su locura en las metáforas que ya no quedaba nada para la historia.

—Pero vamos a ver, ¿cómo puedes pensar eso?

—De la forma más natural: me aburro. ¿Te acuerdas en *La señora Dalloway* de la voz que sale de las alcantarillas?, parece que viniera del metro, pero llega desde las profundidades del tiempo, una anciana vieja como el mundo canta al amor perdido, su boca es como un simple agujero en la tierra, es una belleza que da ganas de llorar, pero nadie quiere a nadie, todo el mundo tiene miedo y se atrinchera en su posición.

—No has entendido nada —dijo Charles, empezando su exposición. Aline lamentó amargamente su distracción. ¡Ya sabía que tenía que cerrar la boca!

Aquella noche tuvo pesadillas. Avanzaba por una calle y comprobaba estupefacta que solo tenía medio cuerpo, una sola piera y un solo brazo. ¿Cómo puedo caminar así? Y, como si ese pensamiento le hiciera perder el apacible equilibrio de la ignorancia, empezó a caer y se despertó gritando de miedo. Evidentemente, para nosotros que conocemos su extraña situación, es un sueño límpido, su alma reducida a la mitad intenta avisarla, pero, como suele suceder, ella no entiende nada. Albert la tomó en sus brazos, la tranquilizó tiernamente, se volvió a dormir y se encontró ante un espejo en el que no veía su imagen. Hasta en el corazón del sueño Aline era una mujer de buena cultura literaria; la ausencia de reflejo hizo aparecer al conde Drácula, con su gran capa forrada de satén rojo, adelantando los caninos. Gritó de nuevo.

—Si sigues así tendrás que tomar un calmante para poder dormir.

—Dame una aspirina —dijo jadeando.

Por lo que sé, la aspirina puede calmar el dolor de cabeza, no el estado de ánimo, pero aquella noche cesaron las pesadillas. Sin duda la media Aline se quedó sin inspiración.

Su otra mitad, que ahora conocemos con el nombre de Orlanda, pero que se contenta con decir *yo*, tampoco durmió bien. Lucien Lefrène se agitaba en las profundidades y Orlanda, dormido, era naturalmente un usurpador que se preocupaba menos de vigilar su botín que Orlanda despierto. Lucien empezaba un sueño en el que Orlanda se enfrentaba con personajes y situaciones que no comprendía: ¿quién era esa mujer gorda, gritona y quejumbrosa? ¿Por qué huía enloquecido por caminos llenos de trampas? ¿Por qué buscaba rincones oscuros para esconderse temblando? ¿Quiénes eran esos hombres amenazadores que aparecían constantemente en su camino? Orlanda se despertaba sobresaltado y le gruñía a Lucien, que imponía sus terrores a su invitado.

—Bueno, su invitado... —reconoció.

A la una de la mañana llamó a recepción para pedir un somnífero. El honrado conserje no tenía, pero le recomendó, cerca de allí, una esquina en la que era posible obtener cualquier cosa: cocaína, chicas, chicos, anfetaminas... Y también somníferos. Tendría que levantarse, vestirse.

—¿Y aspirinas? ¿Tiene aspirinas?

—Tengo las mías, sufro jaquecas todas las noches.

—Si me da dos, se las devuelvo mañana.

Así, Orlanda, a través del ácido acetilsalicílico, marcaba su comunidad de espíritu con Aline. Lucien Lefrène, que no tenía la misma confianza en Bayer, intentó recuperar sus dolorosos sueños: Orlanda, reforzado por la fe, hizo oídos sordos y se durmió tranquilamente.